



Desde 1970 se inicia en El Salvador una nueva etapa histórica, cuando empieza a surgir la idea de que sólo por la violencia puede pasarse de un Estado al servicio de las clases dominantes a un Estado al servicio de las mayorías populares, en el que éstas mayorías alcanzaran incluso la hegemonía en la dirección política. Esa etapa histórica ha cobrado últimamente características propias. Lo que hace diez años era apenas un proyecto es hoy una realidad. Hoy se da ya una poderosa fuerza revolucionaria que está convencida de que pronto podrá alcanzar el poder por la fuerza.

De hecho estamos ante una escalada cada vez mayor de la violencia. Djemos ahora de lado la discusión de si esta violencia está justificada o no, si el enfrentamiento está justificado o no. Se trata de un hecho, se trata de una realidad. Un hecho y una realidad que no van a ceder sino que van a crecer. Por eso urge por lo pronto que se racionalice y se humanice al máximo esa realidad del enfrentamiento. Lo que estamos proponiendo es algo similar a lo que las naciones y los grupos beligerantes han hecho históricamente, cuando se han declarado la guerra. Se han impuesto unas leyes mínimas, que eviten que los conflictos se conviertan en luchas feroces de bestias salvajes.

Muchas veces hemos pedido al Gobierno y a las fuerzas militares que guarden, como es su obligación, el máximo respeto a la ley, el máximo respeto a los derechos humanos en sus acciones contra los que estiman ser sus adversarios. Y muchas veces hemos sido críticos severos cuando en este punto su conducta ha sido realmente lamentable. Permítasenos en este comentario dirigirnos a la otra parte para pedirles asimismo que en su lucha guarden unos límites, que no deben ser traspasados. Y no deben ser traspasados, primero porque su traspaso supone una verdadera deshumanización, la ley deldiente por diente y ojo por ojo; segundo, porque ese tipo de acciones les ocasiona el rechazo de mucha gente dentro y fuera del país. Estamos pensando en acciones como el asesinato del ingeniero de la CEL o co-



mo los ajusticiamientos tras juicios sumarísimos, que toman formas que la humanidad civilizada siempre han condenado.

Desgraciadamente la violencia se presenta a veces como un hecho necesario. Pero esta violencia, por muy revolucionaria que se estime, debe racionalizarse, debe humanizarse. Las dos partes en conflicto deben llegar a un acuerdo tácito o expreso de que hay acciones que no se cometerán. Y si una de ellas las comete, no por eso la otra parte debe rebajarse e igualarse con ella. La violencia que causa muertes, que causa anulación de los derechos humanos, que perturba derechos ciudadanos, que causa destrozos físicos, es siempre un mal. Es a veces un mal necesario, en el sentido de ser un mal inevitable. Pero por lo mismo debe ser un mal estrictamente controlado ; controlado en sí mismo y controlado en los efectos que puede causar.

La izquierda revolucionaria no debe tener ante sus ojos exclusivamente la toma del poder por la fuerza. Debe tener también ante los ojos la conquista de la voluntad popular, la aceptación de la mayoría nacional, el respeto de la opinión pública internacional. Este aspecto humano y político de su actuación es tan importante o más que aquel aspecto bélico. Una lucha por el poder que no tenga en cuenta los derechos humanos, el respeto a la vida humana, es una lucha por el poder que no lleva más que a la dictadura y al totalitarismo; lleva al repudio por parte de todas las fuerzas democráticas. Sabemos que los medios de comunicación desfiguran muchas de las acciones de la izquierda, sabemos que la izquierda no puede dar con facilidad su propia versión de los acontecimientos. Pero sumadas y restadas todas estas cantidades, todavía queda un resultado que nos lleva a estar hondamente preocupados. Aun aquellos que sostienen que la guerra es la guerra, se han visto forzados a respetar unos convenios. Los que afirman que la revolución es la revolución, deben también considerar que la única justificación ética de la revolución está en la instauración de un orden más humano por los medios más humanos posibles. Nuestros revolucionarios tienen mucho que aprender en esto como en otros casos del ejemplo que dieran los revolucionarios nicaraguenses. 11-Septiembre-1980